

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.**15 CENTIMOS NÚMERO**
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

TRISTEZA

(Pensamiento de Víctor Hugo.)

Se celebra la vista de un proceso.
El delito es vulgar.
A juzgarse va á un hombre que, impulsado por la necesidad, para dar de comer á su familia, un día robó un pan.
Se formula, severo, un veredicto de culpabilidad.
A presidio la ley condena al reo.
La gente á desfilar empieza, comentando la sentencia del justo tribunal.
Retíranse los jueces. En la estancia reina la soledad.
Únicamente en el estrado queda, solemne, inmóvil, trágica y glacial, la figura de un Cristo pensativo, de dolorida faz, extendiendo los brazos suplicantes hacia la inmensidad.

PEDRO BARRANTES.

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 peseta.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

NOVENA DENUNCIA

Otra vez el Sr. Liniers, jesuita mayor del reino, ha creído encontrar en nuestros escritos doctrinas contrarias á la religión, á la moral, y no sabemos si también al orden y á las buenas costumbres.

Es deliciosa la pretensión de este Sr. Gallo Alcántara, intentando que escribamos con falsilla, intentando sujetar nuestro pensamiento con amarras... de papel sellado.

Esta nueva denuncia con que se nos ha favorecido es una prueba más de cómo está la cabeza de ese pobre Sr. Liniers.

El artículo denunciado, *Luis del Barco ó lo que puede la caridad cuando se arraiga en un pecho*, ha sido publicado en *El País*, primero, y en un folleto titulado *Los santos del día*, después, sin que el ministerio fiscal haya encontrado materia de delito las dos veces en que ha visto la luz este escrito.

¿Es que por el hecho de haberlo reproducido nosotros ya resulta denunciable ese trabajo? ¿Es que la ley de imprenta no es igual para todos? Conteste, si puede, el Sr. Liniers á estas preguntas.

Estamos tan acostumbrados á que se nos atropelle, á que se nos persiga, que ya no nos indignan, ni aun siquiera nos molestan, las mayores injusticias. Repitamos una vez más la frase de Silvela: —Don Quijote se dobla, pero no se rompe.

NO ACEPTO

Sr. D. Miguel Sawa.

¡Ay querido amigo, y qué impresión tan penosa me ha producido su artículo! ¿Escasearán las personalidades salientes en el partido republicano, cuando se ha fijado usted en mí?

Y esto no es modestia. No, yo no soy modesto. Peco de lo contrario. Y se persuadirá usted, si ya no lo estuviere, con lo que voy á decirle: «Estoy convencido de que merezco más que casi todos los republicanos la honra que quiere usted hacerme.» Pero esto sólo prueba lo mal que andamos de gente que valga, no el que valga yo.

Si no me obligase tanto su atención, acaso le dijera algo desagradable. ¿A quién se le ocurre proponer que se le dé un banquete (que desde luego rechazo) al hombre que ha tronado más contra esa mala costumbre?

Y si no por costumbre mala, rechazáralo por no contradecir lo que he predicado; y aun más que por esto, porque no se me compare con tanto vanidoso de guardarropia como entre nosotros hay. Mi norma, para tener algunas posibilidades de acertar, es no hacer lo que la mayoría. Y ya sabe usted que esto de banquete, es entre nosotros achaque añejo.

Yo aceptaría el banquete por haberme batido en una barricada, ó escrito un belicoso artículo que lanzase al pueblo á la calle, ó comprometido el par de regimientos que son precisos para traer lo que por sabido callo. ¿Pero por luchar constantemente en la prensa, perseverar en un propósito, resistir contrariedades, sufrir abandonos, perder lo que tenía? No, por esto no lo acepto. Dejo íntegra esta función democrático-digerible á los que dan tono de epopeya al sencillo cumplimiento del deber y á los que no tengan otros medios de hacerse notar de sus correligionarios.

Como usted mismo hace la salvedad, amigo Sawa, no le extrañará que yo repita aquí que eso de los banquetes se ha vulgarizado tanto, que no hay concejal, diputado, presidente de un organismo cualquiera, que no reciba de ese modo la honra que por otros caminos le sería difícil alcanzar. ¿Cómo quiere usted, pues, equipararme con ellos? Claro que no es igual; por algo se ha dicho que si alguna vez llevara el león la piel del bu-

ro, la llevaría como león. ¿Pero dejaría yo de estar contrariado en un acto que tantas veces censuré?

Y luego, los detalles... El asiento de cabecera... Quiénes deben ponerse al lado de la víctima... Si hay brindis, las tonterías que se acumulan... Si no, el disgusto visible de los que lo llevan embotellado... Y después el ramito... El nombramiento de la Comisión para presentarlo... Y, ¡lo más terrible!, la noticia en la prensa al día siguiente, con la indispensable alabanza al fondista... ¡Ah, Miguel! No pensó usted bien en lo que hacía al ofrecerse ese cáliz de amargura...

¿Concurren pocos individuos al banquete? ¡Claro! ¿Quién había de ir, tratándose de un hombre que ataca todo lo divino y todo lo humano? Hasta los clericales hallarían en esto un argumento contra mí.

¿Iban muchos? Naturalmente; no iban por el obsequio, sino porque hay siempre gentes dispuestas á sustraerse á la comida de familia, y á reunirse y charlar, rompiendo un instante la monotonía de una existencia consagrada casi por entero á la fácil tarea de aguardar que la República caiga de arriba, como en tiempos el maná para los que cruzaban con Moisés el desierto.

Y no vaya usted á pensar, por esto que digo, que desconozco la utilidad de los banquetes, tratándose de hombres que aspiran á cargo en comité, junta, directorio, ó á diputación ó concejalia, ó simplemente á notoriedad en su barrio... Pero no tratándose de mí, que huyo de todo lo que sea añadir á mi nombre el alias de un cargo, por honorífico que sea.

Pero me voy sin notarlo al estilo irónico, que si cuadra al asunto, no responde á la nobleza de su intención, amigo Sawa. Dispénsese usted, y hablemos en otro distinto.

Hay cosas en su artículo que me halagan mucho; por ejemplo, aquella de que he luchado, y solo, en esta época horrible de fanatismo y de duda. No sabe usted, querido Miguel, hasta qué punto es cierta su afirmación. Ha habido momentos en que me ha sido hostil todo; en que hubiera dudado de mí, á no ser por este inmenso orgullo que me ha sostenido y me sostiene; orgullo sin el cual habría caído para no levantarme hace mucho tiempo; orgullo que fundo, no en mis cualidades, sino en los defectos ajenos (defectos políticos; no aludo á otros).

Respecto á lo de estar solo, crea usted que llega uno á acostumbrarse, por más que al principio indigne y desespere. Hace unos catorce meses escribía yo á un ilustradísimo amigo de La Guardia, que, como usted, me hablaba de la soledad en que me veía:

«Me pregunta usted: ¿qué puedo esperar de un partido á quien no unen la desgracia ni el dolor y que abandona á su defensor más resuelto? Tomando el partido por los que bullen, bien poco espero. ¿Poco he dicho? Nada. En cambio, espero mucho del partido en conjunto. Por esto mi única aspiración es que venga la República, sea como fuere y con quien fuere; que salte el tapón monárquico. ¿No responde el pueblo, al verse dueño de sus destinos, á lo que de él se aguarda, y que á él interesa más que á nadie? Pues me considerará venido, no equivocado. Hoy ya confieso que nada hay arriba, y en medio muy poco; entonces confesaría que abajo había menos. Pero ni aun entonces me arrepentiría de mi obra; antes bien, me envanecería de haber contribuido á que la luz se hiciera. Yo llamo pueblo á los que tienen hambre y sed de justicia. Si se demostrase que esos no estaban con los republicanos, me acercaría á ellos, estuviesen donde estuvieran.

Efectivamente, el partido republicano no se ha portado bien conmigo; si afirmase lo contrario, mentiría. Y en parte me lo explico. He atacado las jefaturas y las ridiculeces; no me he encasillado en comités ni juntas; he juzgado con independencia á los hombres y sus actos; no me he presentado candidato á nada; y tanto sabemos que para medrar en los partidos populares hay que exhibirse, charlar, prometer aun que no se cumpla, alardear de méritos que no se tengan, aspirar á todos los cargos, utilizar la influencia ajena. ¡Y como yo soy del otro sistema!... Además, mis ataques á los curas disgustan á casi todos los que en nada creen, ¡por la señorial, ¡por los niños!... ¡Ella, tan candorosa! ¡Ellos, tan inocentes!... Todo eso lo sé, y, lo que es peor aún, lo toco.

Pero como yo soy republicano por convicción, sigo mi camino.

¡Ah! Si no fuera así, hace mucho tiempo que hubiese dejado de trabajar por la República. Hay entre mis correligionarios tantos imbéciles de la clase media en talento, aspiraciones y moralidad, que realmente no merece la pena de aspirar á una forma de gobierno en que quepan. Verdad es que en todos los partidos hay incapaces de esa categoría, que se creen personajes porque figuran en un comité, asisten á un banquete, ó dan cinco duros para sostener el periódico oficial, que al fin muere sin lectores y con deudas. ¿Pero voy yo á sacrificar mis convicciones al majadero que deja la suscripción porque su jefe no me parece perfecto, ó al infeliz á quien le ordena su señora que se borre, instigada por su confesor, ó al animal que no comprende lo que digo á pesar de decirlo tan claro? No, yo seguiré mientras pueda, y hasta después que no pueda, combatiendo como hasta aquí, guste á la mayoría de los republicanos ó le disguste. Esté yo bien conmigo, y váyanse á donde se merecen los que carezcan de valor, independencia ó entendimiento para aplaudir lo que hago. Esto en mí carece de mérito porque no podría hacer otra cosa, y porque, como dice el vulgo, á costa de sus costillas cualquiera es valiente.»

Claro; esas teorías, llevadas á la práctica, ¿á dónde habrían de llevarme lógicamente? Al aislamiento. Y gracias á mis envidiables condiciones de resistencia, no he caído ya.

¡Mi resistencia! Grande es, cuando no ha cedido ante los ataques de frente y de flanco que á veces he sufrido. Propaganda en contra en los pulpitos; propaganda en contra en los comités... Excomuniones á la luz del día, de los obispos; excomuniones en la sombra, de los jefes republicanos... Curas vociferando; correligionarios calumniando...

Fe y fuerza de voluntad se necesita para no haberse puesto por montera á los unos y á los otros, y más aún para no ceder á los razonamientos del instinto de conservación. Si no quiere llamarse fe á esto, ni fuerza de voluntad, ni siquiera convicción (que no estaría mal tampoco), llámesele tenacidad; que no por esto dejará de ser un hecho el que de todo me he cuidado menos de lo que particularmente me interesaba. De no ser así, ¿cómo había de verme como veo, teniendo que hacer números á lo ténidero con la misma pluma que uso para combatir la injusticia?

¿Pero es que realmente estoy solo? No; más bien creo que no hay quien esté mejor ni de más gente acompañado. Conmigo están (más justo sería decir que yo estoy con ellos) los que luchan sin pensar en lo que les conviene, los que aman la verdad, los que trabajan por la justicia; estoy con los que, en condiciones para medrar en el campo monárquico, arrastran vida angustiosa en el republicano; con los que, aun cuando los desengaños sean grandes y las esperanzas chicas, se avergonzarían de sí mismos si alguna vez pensarán en cambiar de rumbo; con los que, aun cuando lo callen, tienen el convencimiento de que hemos seguido una senda de perdición, y con los que, cada uno en la esfera en que se agita, ponen en la obra común el esfuerzo que les daría gran resultado si lo aplicasen á lo puramente personal. Con todos esos estoy, y, como son tantos, parodio al poeta que dijo: *¡Qué espantosa soledad!*, exclamando: *¡Qué soledad tan acompañada!* Y usted, Sawa, cree lo mismo que yo, como lo demuestra al proponer que se me dé un banquete. Si no pensara que iban á concurrir muchos hombres honrados, no habría publicado su artículo. Harto lo indica este párrafo:

«¿Por qué no hemos de celebrar una fiesta de esas en honor de Nakens, en la que demos que somos muchos los que le rendimos acatamiento y admiración?»

Me hubiera agradado sobremanera ver reunidos á algunos correligionarios en torno mío; pero, como ya he dicho, no necesito esa demostración para saber que son muchos los que me aprecian: todos los que han sabido leer lo que he escrito; todos los que no tergiversan las intenciones honradas; todos los que por inspirar siempre sus actos en móviles rectos, saben separar las frases duras que en el ardor de la lucha se escapan, del propósito torpe y censurable. Y de esos quedan muchos

DON QUIJOTE



Si somos cuatro sacristanes por tu cuenta,
podemos convertirnos en cuarenta.



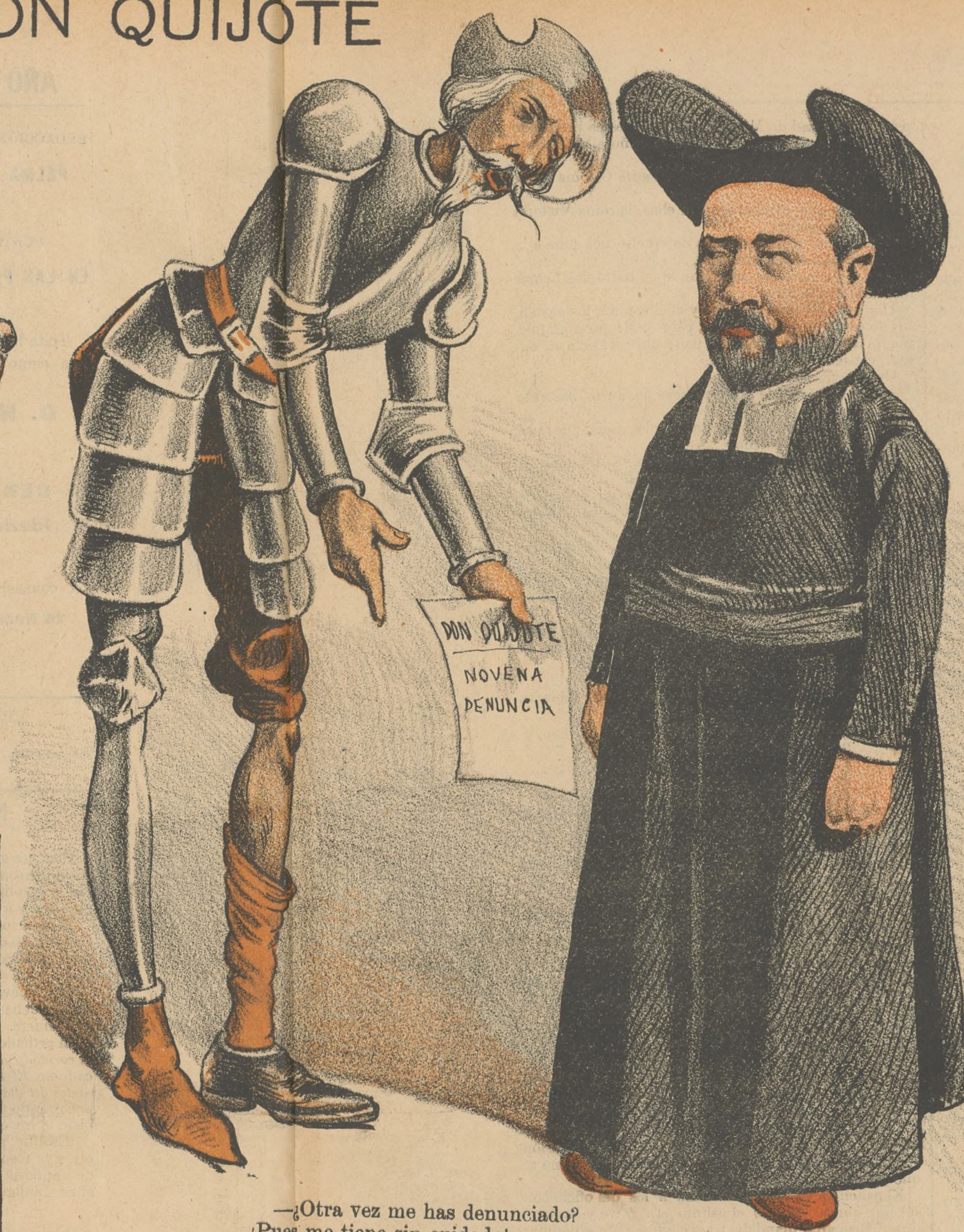
¡Qué lejos está el puerto!



¡Fuera de aquí... Parañaquel!



Buscando un bizkaytarra para un remedio



—¿Otra vez me has denunciado?
¡Pues me tiene sin cuidado!



A mí me llaman el tonto,
el tonto de mi lugar
otros viven trabajando,
yo vivo sin trabajar.



Una cabeza que huele... á crisis



Acabará por derribarlo todo.



todavía. Pero sabiendo que existen, no es preciso reunirlos. Ellos darán cuenta de sí cuando la ocasión llegue.

Ultimo toque en esto de mi supuesta soledad. Sentiría que usted pensase, por lo que he dicho, que soy majadero hasta el punto de suponer que en política puede un hombre solo realizar nada; no: más aún que las unidades en la aritmética, necesita el político cifras a la derecha para adquirir valor; hasta los ceros le sirven.

Por esto me punza ya con frecuencia una idea que siempre rechazé: la de la posibilidad de caer vencido por la conjunción poderosa de la imbecilidad, el miedo y la hipocresía. La apartó en el acto de mí; pero en último caso, si tal ocurriera, quedaríame la satisfacción de haber resistido cual ninguno y de haber dado a mis convicciones todo. Hay que hacer algo; más que San Martín, el que partió su capa con el mendigo: darla toda entera. La caridad bien ordenada no empieza por uno mismo en las luchas por el ideal. Aunque, si el caso apuntado llegase, para mí habrían sido las contrariedades; la vergüenza sería para el partido.

Es fácil que muchos exclamen al llegar aquí: «Es insufrible este hombre hablando de sí mismo.» Y tendrán razón. Difícilmente habrá quien esté más satisfecho de sí, que yo de mí: no cuando me juzgo, repito; cuando me comparo. No es mía la culpa, sino de los que no se han dignado hacerme sentir su superioridad.

¡Cuánto he charlado; amigo Sawa, para dorar la piladora de *No acepto el banquete!* Si otro que usted lo propone, ¡no es rociada la que lleval! Pero, amigo, a usted no puedo echársela. ¡Me quiere tanto, y la verdadera amistad es tan ciega!... Ya supo usted lo que se hizo al no consultarme la idea.

Abreviaré, que esto se va poniendo pesado; tanto casi como lo habrían sido algunos discursos—¡horror!—al final del evaporado banquete.

Si yo creyese que el partir el pan servía para algo entre nosotros; si sospechara siquiera que los brazos de fraternidad se apretaban un poco, prescindiría de cuantas razones he dado, y en el banquete nos reuniríamos. ¡Pero si llevamos veinticinco años celebrando fiestas de esta clase, y ya ve usted cómo nos vamos!

Nada, querido Sawa; no puede ser, ni debe ser eso que usted propone. Y por sí, a pesar de cuanto le he dicho, persiste usted en que sea, me permito recordarle que a tenaz me ganan pocos. Yo no podré evitar, si se empeñan unos cuantos amigos, que el banquete se celebre en honra mía. Pero de no ir, ¡oh!, de eso si respondo. Y no lo dude usted: sin mí, la fiesta resultaría sosa.

Y allá va el argumento que reservaba para el final: Piense usted, querido Sawa, en que esa figura que ven en mí quedaría desdibujada en el momento mismo que la expusiera en un banquete a las miras de todos, recibiendo honores por no haberse vendido, por haber trabajado y luchado, es decir, por haberse respetado a sí propia; advierta que por esto, por no haber hecho lo que otros tantos y ser como soy, ha podido usted pensar en mí para ese acto honroso. Y si no quiere pensar ni advertir esto, fíjese en lo siguiente: Si mi labor mereciese recompensa, no sería esa, que aquí se le ha dado a cualquiera, sino otra más alta. Y ahora diga usted que no acepto el banquete por modestia.

Merecer es difícil; alcanzar es fácil. Y como, según usted, yo merezco esa distinción de mis correligionarios, contéñese con eso y con saber que un hombre que tanto vale (?) lo aprecia a usted de tal modo, que a esto únicamente se debe el que no lo haya insultado por ese artículo; y en cambio, y para compensarle por la contaría que le causa, le dedique estos renglones, tan sinceros como noble ha sido la intención que a usted ha guiado; lamentando únicamente no poder ofrecerle hoy mi amistad, por habérsela dado entera desde que le conocí.

JOSÉ NAKENS.

Comentarios a esta carta? Ninguno, porque no quiero discutir con Nakens, y desisto, desde luego, aunque con mucha pena, de mi propósito de celebrar ese banquete.

ANÉCDOTAS

Un caballero entra en un comercio y pregunta a un dependiente:

- ¿Cuánto vale esa camiseta?
- Tres pesetas, señor.
- ¿Y esos calzoncillos?
- Tres pesetas también, caballero.
- Bueno, bueno; no deseaba saber más que su precio.

Al día siguiente.

El caballero.—Conque decía usted que esa camiseta valía....

- Tres pesetas. Muy buen género....
- Sí, sí. ¿Y los calzoncillos?...
- Tres pesetas. Hilo puro.
- Muchas gracias. Mañana volveré.
- Cuando usted guste. (Este señor es un guasón.)

El principal al dependiente.—No hace usted por vender. Seis o siete días está viniendo ese caballero, y aún no ha comprado nada.

El dependiente.—Pero, Don Fulano, si siempre viene a la misma hora, pregunta lo mismo, le respondo igual y se marcha. Debe ser un *latero*.

—Pues déjemelo usted a mí.

El caballero.—Buenos días.

El principal.—Muy buenos.

- ¿Cuánto es esa camiseta?
- Por ser para usted, cuatro pesetas.
- Muchas gracias. ¿Y los calzoncillos?
- Dos pesetas.

—Bien, bien. No me corren prisa... Adiós.

—¡Vaya usted con!...

—Servidor de usted.

—Beso a usted la mano.

—¿Cuánto me va a llevar usted por esa camiseta?

—Cinco pesetas.

—¿Y por los calzoncillos?

—Una peseta.

—Y diga usted: ¿Por qué me sube usted la camiseta y me baja los calzoncillos?

—Porque le voy.... (y el comerciante dice al caballero unas palabras al oído).

—¡Indecente!—grita el comprador, saliendo disparado de la tienda.

Y es lo que yo me temo, si empezamos a molestar a Villaverde, preguntándole por qué me sube usted esto y me baja usted lo otro, etc.

Que nos va a decir a veces lo que dijo el comerciante al oído del guasón del cuento.

Y vamos a tener que salir corriendo, diciendo: —¡Sálvanos, Liniers!

LO QUE COMEN SS. MM. Y AA.

En un libro mío (y de ustedes, si pagan catorce reales por el ejemplar) que se titula *Azotes y galeras*, hay un artículo denominado *Lo que tocan SS. MM. y AA.*

—¡Ya le encontré la pareja!—exclamé anoche al topar en un periódico con varias noticias del género ese que hace las delicias de los lectores sencillos y de buenas tragaderas, ora pertenecan a las clases septuagenarias, ora a la incauta adolescencia.

En materia de flores, la reina de Rumania se vuelve loca por las magnolias.

El rey de Portugal prefiere el clavel; pero no el clavel sencillo, sino el *reventón*.

La reina de Inglaterra adora las flores cordiales.

El sultán de Turquía no tiene preferencia por flor alguna; pero no puede resistir las flores blancas.

El rey D. Francisco de Asís vacila entre la rosa de Alejandría y el alelí; pero suele optar... por la sobrasada de Mallorca.

Y así sucesivamente.

¡Cuántas «informaciones» por ese estilo han hecho las delicias de nuestra niñez y serán el encanto de nuestra senectud!

No diré yo que pertenezcan a tan recreativo género las noticias en que se funda el presente artículo; pero, vamos, que no pertenecen al género fastidioso (*le genre ennuyeux*, según Boileau, Rodríguez San Pedro y otras autoridades).

Nada tan divertido para el lector—sobre todo si padece de gastralgia, dispepsia ó *sindineritis*—saber que el Emperador de Rusia no come... porque lo que hace es devorar.

Leed, cesantes:

«El emperador se desayuna a las siete de la mañana con la friolera de un plato de huevos, otro de pescado y un gran trozo de *roastbeef*».

Después S. M. I. toma algunos postres y una taza de té.

A las once almuerza un caldo con huevos, un gran plato de carne, pollo asado, dos clases de ensalada, varios postres, y, por último, se toma dos ó tres tazas de café.

No hay para qué decir que la comida es espléndida y suculenta.

Adora la pesca y se hace servir pescado en todas las comidas.

El czar *cepa* invariablemente una taza de té con pastas.

Y hasta las siete de la mañana siguiente *ya le tiene usted como un reloj*, que decía el protagonista de *Un caballero particular*.

Y escribo «decía», porque ya no echan esa zarzuela... más que en San Petersburgo.

Lo que hay es que a lo mejor vienen los nihilistas y se interrumpen las representaciones!

Después del autócrata ruso, la soberana británica.

O, como dicen los diplomáticos, después del elefante, la ballena.

No traga tanto como una *tídem* la reina Victoria; pero es *líma* que come y bebe bien.

Leamos: «... Se alimenta generalmente con carne asada».

El jefe del cuarto militar de la reina Victoria cuenta que a S. M. le gustan con delirio las manzanas, hasta tal punto, que ha habido veces que se ha comido una docena.

¡Doce manzanas!

La reina Victoria puede preciarse de ser la mujer más mujer de toda Europa. Es doce veces Eva.

Lo que no dice el jefe del cuarto militar de su majestad (en algo había de mostrarse discreto dicho jefe) es si las doce manzanas estaban mondadas ó sin *mondar*.

Antiparte—como dicen en mi tierra—que el darse un atracón de manzanas es práctica de los grandes bebedores cuando la «sesión» ha sido larga, la marca buena y la marea regular.

Libreme Dios de poner en duda la sobriedad de la augusta soberana, pero no puedo menos de recordar algunos dibujos del célebre periódico de Londres *The Pinch*.

Una vez decía, por ejemplo:

«Hemos recibido varias vistas fotográficas de la instalación de *Heru Gracious Majesty* a orillas del poético lago de Como, en Italia. La que, por de pronto, nos ha parecido más interesante es la que reproducimos a continuación.»

Y ponía una vista... de la bodega.

Prosigamos copiando:

«...Antes tenía la costumbre de beber durante la comida dos ó tres vasos de Champagne y de Burdeos;

pero la Facultad de Medicina de Londres ha prohibido el vino a la soberana, y la augusta señora bebe ahora whiskey mezclado con agua.»

Las aristocráticas heroínas del Padre Coloma lo beben puro.

De modo que, comparada con ellas, la reina Victoria es una *principiante*.

Dejemos el whiskey antes de que se nos suba a la cabeza, y pasemos a otra cosa.

Cosa de comer, por supuesto; que harto nos hemos distraído con la *bebía*.

«La reina de Suecia es muy aficionada a los pasteltos de carne al estilo de Niza; pero S. M. gusta grandemente del plato favorito del país, que consiste en salmón conservado en la tierra.»

Otro monarca:

«El emperador de Alemania es de gusto bastante raro».

Educado en Inglaterra, prefiere la cocina de este país a la cocina alemana.»

Yo no me he educado en Inglaterra, y, *sin embargo*, me ocurre lo mismo que a Guillermo II.

Entre un buen trozo de *roastbeef* y un pedazo de carnero con compota de ciruelas... me quedo con los ingleses.

Como ellos «se quedan» conmigo, fuera de las horas de comer.

Aplaudo, por consiguiente, los gustos gastronómicos del emperador, y le envidio la facilidad de satisfacer caprichos como el siguiente:

«Guillermo II se hace llevar de Londres unos *muffins* (¿?), especie de pequeños panecillos que venden en Inglaterra al precio de diez céntimos cada uno.

El resto de la corte come pan alemán.»

Lo mismo ocurre en otras cortes que nada debieran tener que ver con los tudescos.

Madrid y San Sebastián

no son cortes alemanas,
y aunque en España hay buen pan,
en las mesas cortesanas
domina el pan alemán.

Menos cuando el general Martínez pone las manos en la masa, y hace un pan... como unas hostias.

Acabemos con Guillermo II (vamos al decir):

«Las bebidas favoritas del emperador son la cerveza y el Champagne.»

¡Choca, Guillermo!

Y apuesto a que si digo que al Champagne prefiere la *Champagne*, me respondes de fiyo:

—¡Choca, Mariano!

Vamos ahora con el que fué rival del emperador:

«El príncipe de Bismarck era muy aficionado a comer bien; apenas almorzaba, pero se reservaba para la hora de la comida».

Almorzaba un par de huevos y una taza de té negro con pan tostado; pero cuando llegaban las siete de la noche, el gran canceller devoraba materialmente.

Comía carnes, pescados, aves, ensaladas, frutas, dulces... en fin, hacía de la comida un verdadero festín.»

No en vano se le ha llamado «el ogro de Varzin».

Las noticias que voy copiando no hablan de Bismarck como bebedor; pero puedo suplir esa omisión recordando una anécdota que lei tiempo ha en no sé qué Memorias de no sé cuál diplomático.

El canceller de hierro mareaba a los del oficio con sus obsequios. Cuando el asunto era grave y largo de tratar, Bismarck mandaba traer cerveza para obsequiar a su interlocutor.

Después de apurar unos cuantos bocks mano a mano, decía el príncipe al diplomático extranjero:

—Ahora debemos tomar un poco de coñac.

—¿Coñac?...

—Sí, sí; es indispensable para coeer la cerveza.

Bebían unas cuantas copas, y cuando ya el socarronazo del príncipe consideraba bien cocida la cerveza, decía a su «camarada»:

—Ahora debemos tomar un poco de cerveza.

—¿Más cerveza?...

—Sí, sí; es indispensable para hacer pasar el coñac.

Después había que coeer nuevamente la cerveza; luego había que hacer pasar el coñac; y más tarde... Bismarck se sorbía a su interlocutor.

Recomiendo el sistema al duque de Tetuán, nuestro eterno diplomático, y paso adelante en la reseña.

Del príncipe de Gales dicen las crónicas que, aunque entre las bebidas adora el *pale ale*, y entre las cocinas prefiere la francesa,

le gustan todas,

le gustan todas

en general.

¡Feliz el que tiene gustos tan anplios y que puede satisfacerlos... en Inglaterra!

Si viniera a reinar aquí, estaría aviado. Se encontraría en la mesa con un maese Pedro Recio de Tirteafuera, que se llama D. Arsenio, y es general de profesión, sin cuya licencia no hay aquí ni rey ni Roque que pruebe un bocado.

Quiero—diría el príncipe—francolines de Milán y vino de Chipre...

—¿Sí, eh?—le respondería el verdadero amo—pues ahí van ¡atún y peleón!

Y le serviría un par de conservadores con cartera.

MARIANO DE CAVIA.

BIBLIOTECA DE DON QUIJOTE

EN PRENSA

EL PADRE MONTANA

POR

GIL BLAS DE SANTALLANA

Precio: 20 céntimos.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18.